

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

03

La Novela Semanal Cinematográfica



**La chica
de la
Habana**

POR

Lola Lane

Paul Page

—
50 cts.

LA MUCHACHA DE LA HABANA

BIBLIOTECA

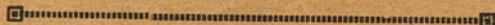
Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



La muchacha de la Habana

Novela de amor e intriga, interpretada
por Lola Lane, Paul Page, etc.



Producción

WILLIAM FOX

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Tip. Barcelona - Arlbau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona



La muchacha de la Habana

Argumento de la película

I

Una de las principales joyerías de San Francisco, enclavada en el corazón de la ciudad.

El señor Burton, el dueño, iba de una dependencia a otra, vigilándolo todo. Desde el asesinato de Cartwright, otro gran joyero de San Francisco, ocurrido en fecha reciente, todas las precauciones parecían pocas a Burton.

El joven Allén, el inteligente empleado,

arreglaba las vitrinas no teniendo cosa más importante que hacer.

De pronto se abrió la puerta y entró en la joyería un matrimonio joven, ella vestida con arreglo al último patrón de la moda, él también exquisito y elegante. Se veía que gozaban de una excelente posición.

Allén, con su cortesía habitual, fué a recibirles. Les ofreció sillas.

—Ustedes dirán.

Se quitó el caballero el cigarrillo egipcio de los labios y contestó:

—Deseamos ver algunos brazaletes. Algo nuevo a ser posible.

—Los brazaletes son nuestra especialidad. Les enseñaré todos los que tenemos en existencia.

Y al mismo tiempo que extraía una preciosa caja de debajo del mostrador continuó hablando.

—Estoy seguro de que encontrarán algo de su gusto. Nuestros artífices son verdaderos artistas.

Depositó la caja en el mostrador y la abrió. Desplegó un trozo de terciopelo y fué colocando sobre él los brazaletes que

extraía. Los clientes miraban con indiferencia las magníficas joyas. Había allí brazaletes de forma y clase muy diversas, y en número tal que cubrieron el gran trozo de terciopelo.

Tenía razón Allén. Los que habían construido aquellas joyas eran verdaderos artistas. Además, había algunos verdaderamente maravillosos por su riqueza. Predominaban los brillantes que emitían cegadores destellos. La dama hubo de confesar:

—Realmente hay algunos preciosos.

Tomó uno de ellos y se lo colocó en la muñeca, alejando la mano para apreciar bien el efecto.

—¿Qué te parece?—preguntó a su marido.

—Ese está muy bien.

Siguieron las finas manos, blancas como la nieve, buscando entre el tesoro.

De pronto se oyó en la calle un tumulto. Se vió pasar corriendo a la gente por la puerta de la joyería.

—¡Un perro rabioso! ¡Un perro rabioso!

La dama dejó las joyas sobre el terciopelo y se aferró al brazo de su esposo con un gesto de terror.

—Calma, señora—recomendó Allén—. No creo que aquí dentro pueda sucedernos nada.

Apenas había pronunciado estas palabras se abrió la puerta y entró un hombre con la faz desencajada, y tras él, un perro que gruñía y babeaba. Eran dos llamardas los ojos del can y su boca abierta mostraba los largos colmillos.

En su atolondrada fuga, el intruso se dirigió hacia la pareja y tras él fué el perro. La dama lanzó un grito de angustia y el caballero la protegió con su cuerpo.

Inmediatamente, como obedeciendo a un impulso instintivo, Allén salvó el mostrador de un salto y cayó sobre el perro.

El can se debatía entre los brazos heroicos del dependiente que sin duda trataba de cogerlo del cuello para ahogarlo. La lucha duró unos momentos que a todos los presentes parecieron años y que a Allén debieron de parecer siglos.

El desconocido que había entrado hu-

yendo en la joyería, aprovechó la ocasión para huir. Inmediatamente salió el perro y de nuevo en la calle se volvió a oír gran tumulto.

El caballero ayudó a levantarse a Allén del suelo. El dependiente tenía las ropas destrozadas y las manos llenas de rasguños.

—Ha sido un acto de valor admirable, joven. Le felicito a usted.

Había sido todo tan rápido, que el señor Burton no pudo acudir a tiempo de presenciar la lucha. Llegó ahora y su vista, después de pasar momentáneamente sobre Allén, se fijó en el mostrador donde campeaba la maravilla de los dispersados brazaletes.

—¿Qué significa eso, Allén? ¿Cómo se ha atrevido a abandonar las joyas sobre el mostrador?

—Señor—balbuceó Allén en son de disculpa—, ha entrado un perro rabioso. Corría peligro la vida de todos los que estábamos aquí.

—No trate de disculparse. No hay nada, absolutamente nada que justifique su lige-

reza. Su primera obligación es custodiar las joyas.

Inmediatamente se acercó al mostrador y comenzó a contar los brazaletes. Cuando terminó, lanzó un grito desesperado.

—¡Faltan cuatro!

Y añadió con voz trémula:

—Lo siento mucho, señores, pero nadie saldrá de aquí sin ser previamente registrado.

—Me niego a soportar semejante humillación—replicó vivamente el caballero—. Yo no tengo la culpa de que usted tenga el negocio mal organizado.

Se abrió en este momento la puerta y entró en la joyería un gendarme.

—Tengo entendido de que hay aquí una persona herida por el perro.

—No—replicó el señor Burton—; pero su presencia aquí es necesaria. Se acaba de realizar un importante robo en esta casa y deseo que sea todo el mundo registrado.

—¡No le consiento a usted que sospeche de mi dignidad! — exclamó el caballero cada vez más irritado.

—No te sulfures, querido—intervino la

dama—. Estoy segura de que nosotros haríamos lo mismo en el caso de este señor.

—De aquí no saldrá nadie sin demostrar antes que no lleva las joyas encima.

—Este dependiente — manifestó el señor Burton, señalando a Allén—sólo está desde hace un mes en la casa. Por lo tanto, le recomiendo que se practique en él un registro minucioso.

Se procedió a registrar primero al dependiente. No se le encontró nada. Después pasó la dama con dos empleadas de la casa a una habitación y salió de allí poco después. Tampoco ella se había apoderado de los brazaletes. Por fin, registraron al caballero. Como éste protestó aún por tercera vez, el señor Burton presenció el registro con verdadera ansia. Pero tampoco tenía él los brazaletes.

El agente dió por terminada su misión.

—Señor Burton, yo no puedo hacer más de lo que he hecho. Haremos la denuncia y el juez dispondrá.

Se retiró.

El señor Burton dijo inmediatamente a Allén:

—Está usted despedido. Sus servicios no me satisfacen.

Allén se encogió de hombros, cogió el sombrero y salió.

El señor Burton comprendió de súbito que los presuntos ladrones se habían convertido en clientes y fué a atenderlos. No era cosa de añadir a la pérdida sufrida, la pérdida de un negocio.

Pero el caballero le miró despreciativamente, ofreció el brazo a su esposa y salieron los dos de la joyería.

II

La pareja subió a un magnífico auto que esperaba a la puerta de la joyería. El que empuñaba el volante era un mocetón robusto y mal encarado. Anchos hombros, aventajada estatura. En sus gestos y en sus miradas había un aire de superioridad.

Cuando el matrimonio estuvo dentro del coche, el chofer volvió la cabeza y preguntó al caballero:

—¿Cómo ha ido la cosa, Dane?

—¿Cómo ha de ir? Ya sabes cómo resultan siempre las cosas que yo preparo. Cuatro brazaletes que valen una millonada.

—Te advierto que en el tiempo que ha-

béis llevado vosotros en la joyería yo hubiera robado hasta el mostrador.

—Lo creo. Y también creo que a estas horas estarías haciendo compañía a las ratas. Para este oficio, eres de lo más torpe que hay, Spike. Felizmente, soy yo quien lleva las riendas de los negocios.

Arrancó el auto. Fué una arrancada magnífica, suave y potente.

—¡Estupendo coche! ¿A quién se lo habrá robado este bárbaro de Spike?

—Vete a saber — repuso la señora de Dane—. A lo mejor ha echado abajo un garage para apoderarse de él.

* * *

Allén, al salir de la joyería, había subido a un taxi al que dió una dirección y la orden de marchar de prisa.

Llegaron pronto a uno de los barrios extremos de San Francisco y el taxi se detuvo ante una casa de mísero aspecto.

Allí bajó Allén. Subió a saltos las angostas escaleras y penetró en una habitación donde había un hombre cuya cara ya co-

nocemos. Era el que entró en la joyería huyendo del perro rabioso.

—¿Dónde está el perro? — preguntó Allén.

El interrogado dió una voz y apareció el can moviendo la cola.

—Ven aquí, cariño—añadió—. Eres un artista formidable. Has desempeñado el papel de rabioso como no lo hubiera hecho “Rin-tin-tín”.

Inmediatamente Allén se inclinó sobre el perro y separó su larga pelambre. Allí, entre varios nudos formados por la misma lana, estaban los brazaletes.

—Temí que se le hubieran caído.

—Ya había visto yo que no. Al regresar no le he quitado los ojos de encima.

—Me he visto negro para hacer los nudos. ¡Como no se estaba quieto!

—Habría sido muy gracioso que un perro que estaba rabiando permaneciera sentado esperando a que le pusieras los brazaletes.

Allén entregó al dueño del perro un puñado de billetes.

—Me parece que no te podrás quejar.

—No, hombre, no. Con esto tenemos el perro y yo para un año. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Una visita al "Argonauta". Zarpa mañana y todos los demás ya tienen tomado el billete.

—Me parece una imprudencia que os vayáis. Eso es ganas de llamar la atención.

—Las cosas se ponen muy feas por culpa de Spike. ¡Maldita sea la hora en que se le ocurrió asesinar a Cartwright!

—Ese Spike acabará por perderos. Es un bárbaro.

* * *

Al día siguiente, cuando Spike embarcó, quedó muy sorprendido al ver a Allén vestido de blanco, con una bandaja en la mano y con un paño pendiente del hombro.

—Pero, ¿eres tú, querido?

Allén se volvió y miró en todas direcciones.

—¡Qué imprudente eres! ¿No comprendes que el saber que somos amigos desde

antes de embarcarnos puede ser un peligro para nosotros?

—Los viajeros están distraídos con las despedidas y la tripulación con los preparativos para zarpar. Dime, ¿cómo se te ha ocurrido vestirme de merengue?

—Me coloqué anoche de camarero. Esto tiene la doble ventaja de que no me cuesta el viaje un céntimo y de que disimulo.

—Eso son majaderías. Después del negocio que acabamos de hacer, ¡cualquier día me pongo yo a trabajar!

—Es así como se hacen las cosas, Spike, y no a lo bruto como las haces tú.

—Tanta finura me confunde—exclamó Spike echándose a reír.

—Si no hubieras matado a Cartwright, no tendríamos que huir ahora hacia la Habana.

—¡Quién sabe si en la Habana nos haremos todos millonarios!

—Si dependiera de ti, no haríamos más que desembarcar y ya nos habría echado el guante la policía.

—Ni tú ni nadie me hará cambiar de

táctica. A un muerto se le roba mejor que a un vivo. Este es mi lema .

Se echó a la boca un cigarro puro, lo mordió y comenzó a fumar ávidamente.

—En vez de fumar devoras. No puedes negar quién eres—dijo Allén volviéndole la espalda.

Spike, después de una visita a su camarote, se dedicó a pasear por cubierta con el propósito de ver al matrimonio Dane.

No tardó en darse con él de manos a boca.

—¡Hola, muchachos! ¿Os habéis enterado de lo que ha hecho ese niño romántico de Allén? Se ha vestido de paloma mensajera.

—Allén es un muchacho listo—replicó Dane—, es decir, todo lo contrario que tú. Como camarero podrá entrar y salir en nuestros camarotes sin llamar la atención. Tú, en cambio, vas a dar motivo a que lleguemos esposados a la Habana.

—Si acaso llegaré yo. No os mezcléis conmigo para nada y así no correréis peligro ninguno. Dejadme a mí, que ya soy

lo bastante crecido para obrar por mi cuenta.

—Perfectamente.

—Adiós, Raffles de vía estrecha.

—Adiós, Landrú.

* * *

Entretanto, en la Habana, tenía lugar una conversación sumamente interesante en el despacho del señor Dougherty, jefe de policía.

La señorita Anders, una verdadera delicia de criatura, y cuya inteligencia superaba aún a su belleza, había sido requerida por el jefe.

—Le voy a encomendar un asunto difícil, señorita. Se trata del caso Burton. Parece que los autores del robo son ciertos individuos que han embarcado en el “Argonauta”.

—El “Argonauta” viene hacia aquí.

—En efecto, señorita. Pero a usted le será fácil llegar a Balboa antes de que el buque entre en aquel puerto y se podrá embarcar. Una compañía de teatro que ac-

tuaba allí tomará el "Argonauta". Le brindo a usted la idea de mezclarse con los artistas para no llamar la atención. Ahora mismo enviaré un radio al capitán del "Argonauta", el cual le prestará su preciosa ayuda. Ya sabe usted nuestra clave. La hemos de utilizar para las comunicaciones.

—¿Sabe usted algún nombre?

—Spike Howard. De los demás no hay nada cierto.

—De ese Spike se sospecha que es el asesino de Cartwright, según tengo entendido.

—Así es, señorita Anders, y esa circunstancia hace doblemente difícil su misión. Es preciso que usted obtenga las pruebas necesarias antes de que el buque llegue a la Habana, para poder detenerlos, y ha de descubrir a los cómplices de Spike.

—Haré todo lo que sé, jefe. Por mí no ha de quedar.

—Si hace usted todo lo que sabe, señorita Anders, la cuadrilla pasará del muelle a la cárcel.

El jefe le tendió la mano.

—No debe dilatar un momento su par-

tida. Llegará usted a Balboa con el tiempo justo para tomar el "Argonauta".

La muchacha estrechó la fuerte mano y salió del despacho del jefe.

Se despidió también de sus compañeros.

Nadie, viéndola sonreír de aquel modo tan femenino, viendo su delicioso cuerpo vestido con una elegancia primorosa en su sencillez, hubiera dicho que dentro de aquella figurilla de muñeca, se encerraba un alma tan valerosa y decidida.

III

En Balboa se detienen los barcos del Pacífico que van a cruzar el canal de Panamá en su camino hacia el Atlántico.

Los muelles rebosaban de animación y la compañía de revistas, integrada por cerca de un centenar de muchachas, convertía el puerto en una jaula de grillos.

María Anders aprovechó las inspiraciones del jefe. Solicitó al director un puesto en el coro y fué aceptada en el acto. A las muchachas de las cualidades externas de María no hace falta someterlas a examen ninguno. Con unas piernas, una cara y una figura como las de la señorita Anders se llega muy lejos en un país moderno.

En el horizonte se veía ya el "Argonauta". Spike había sido requerido por Dane y éste le reprendía duramente:

—Está visto que te has propuesto perderte y perdersen a todos. Tus diferencias con Allén son sumamente peligrosas.

—No me gusta nada ese tipo.

—Lo que a ti no te gusta es el éxito que está teniendo entre las damas. Le envidias, eso es todo.

—¿Yo envidiar a ese mico? Me molesta, y nada más. Y ya sabéis lo que hago con una persona cuando me molesta.

Dane le miró con amenazadora fijeza.

—Por ahora, querido, mando yo en la banda y ya sabes la suerte que han corrido todos los que, como tú, han pretendido desmandarse. No quiero decirte más.

Y volvió la espalda a Spike, alejándose tranquilamente del brazo de su dama.

* * *

Cuando estuvo tendido el pontón, el ejército de *girls* se abalanzó sobre él y fué inútil que el director tratara de imponer orden.

Spike y Allén presenciaban el hermoso espectáculo desde la borda y cuando ya todas las muchachas estaban en cubierta, vieron que una permanecía aún asida a la baranda y sosteniéndose con un solo pie, en tanto se frotaba el otro con la mano haciendo gestos de dolor.

Era María Anders. Le habían molido un pie a pisotones.

Spike la contemplaba embobado, pero Allén no se conformó con eso y bajó para tomarla suavemente en sus brazos.

—Permítame que la lleve a su camarote, señorita.

Inconscientemente, el brazo de María había rodeado los hombros de Allén. No lo retiró al darse cuenta. La simpatía que emanaba el semblante del camarero le inspiró ciega y repentina confianza.

—Es usted muy amable.

Pasaron por delante de Spike, el cual no pudo disimular un gesto de rabia. Realmente aquel *mico*, era un acaparador del bello sexo.

Les siguió dando mordiscos al puro.

—¿Cuál es su camarote, señorita?

—Pertenezco a la compañía y no sé adónde me tocará ir. Supongo que me habrán dejado el sitio peor. Pero ahora no estoy para mezclarme con esas locas. Haga el favor de dejarme aquí.

Estaban en cubierta.

La depositó Allén cuidadosamente en un sillón de mimbre y le puso delante una banqueta para que apoyara en ella el pie.

—¿Por qué se preocupa tanto? Ya no me duele el pie. Ha sido simplemente un pisotón.

—Señorita, no me ponga usted en el trance de decirle por qué me preocupo tanto de usted. Sería incorrecto que me tomara tales libertades sin conocerla.

María rió de buena gana.

—Me llamo María. Si ha de seguir siendo prudente le permito que me haga el amor. De algún modo he de pagarle el servicio que acaba de hacerme.

—Usted no tiene que pagarme nada. Yo estoy aquí para servir al pasaje.

—Me gusta su generosidad. Puede considerarme su amiga.

—Muchas gracias, señorita.

—Llámeme María. Si usted es camarero yo soy “muchacha del conjunto”. No creo



La depositó Allén cuidadosamente en un sillón de mimbre.

que haya diferencia de categoría, entre ambos cargos.

La conversación se hacía cada vez más cordial e íntima.

De pronto se oyó la voz de Spike:

—¡Haga el favor, camarero!

Allén acudió a la llamada, en tanto María hacía descubrimientos importantísimos. Aquel era Spike. En su maleta llevaba varios retratos de él y no es extraño que le reconociera en seguida. Otra cosa advirtió. Spike discutía con el simpático camarero. No oyó lo que decían, pero le bastó ver cómo lo decían para comprender que una estrecha amistad les ligaba. Bien comenzaban las cosas. Había trabado amistad con un amigo — a buen seguro cómplice—de Spike. Lo sentía porque el muchacho era muy simpático. Pero se alegraba porque aquella amistad le facilitaría el camino del triunfo.

—Deja a la muchacha en paz—había dicho Spike a Allén—. Se lo diré al mayor-domo como vuelva a verte flirteando. Tú estás aquí para servir al pasaje, no para hacer conquistas.

—Te dejo el campo libre para que te

convenzas de una vez de que tú no sirves más que para conquistar a las cocineras.

Y se alejó riendo.

* * *

—Buenos días, preciosidad. ¿Formas parte de la compañía?

—Sí, simpático. Y tú ¿a qué compañía perteneces?

—No te lo puedo decir, pequeña. Pero a ti no debe importarte. Soy rico y eso es todo lo que te puede interesar.

—No me fío de los ricos. Sólo tienen palabras.

Spike comenzó a utilizar las manos y María se levantó instantáneamente.

—El director me echará de menos. He de ir a hacer acto de presencia. En otro momento continuará la sesión.

Spike la vio marchar dándose tironcitos de la solapa. ¡Cualquiera le quitaba aquella presa! El pobre Allén iba a lucirse.

* * *

María no fué a presentarse al director, sino a darse a conocer al capitán.

Este le mostró el radiograma que había recibido de su jefe y se puso a su entera disposición.

—Sólo quisiera saber quiénes son los amigos de Spike Howard.

—El matrimonio del camarote número 14. Apenas recibí este radio hice indagaciones por mi cuenta y me pareció que entre el matrimonio y Spike había una especial amistad.

Después le habló de Allén. Entre éste y Spike mediaba una rivalidad a muerte.

—Sobre este punto he tenido la suerte de hacer importantes revelaciones. La enemistad que media entre Allén y Spike ha de servirme de mucho. Procuraré encontrarla. Divide y triunfarás. Es una verdad como un templo.

—Es muy difícil operar en un buque. Un buque es como una aldea. Todo se sabe en seguida.

—Proeuraremos despistarlos. Colocaremos telegramas falsos en la pizarra de noticias. Si decimos que les andan buscando por Norteamérica, ellos no sospecharán

nunca que se les sigue la pista en el "Argonauta".

—Es una buena idea.

—Si usted pudiera proporcionarme una llave que abriera el camarote número 14 me haría un gran favor.

—Tengo una llave maestra que abre todos los camarotes. Tómela.

—¡Gracias, capitán! ¡Quién iba a decirme que el trabajo se me presentaría tan fácil!

IV

Inmediatamente fué colocado el primer telegrama y María vió sonreír a Spike y al matrimonio Dane cuando lo leyeron.

También María sonrió.

—Veremos quién ríe el último.

Habían entrado ya en el canal. Era una mañana hermosa.

Estaba María acodada en la borda y pensando que no podía perder mucho tiempo en la contemplación del panorama porque el buque tardaría sólo tres días en llegar a la Habana, cuando oyó tras ella la voz de Allén.

—Tengo entendido que se dislocó usted el tobillo.

—Aquí se sabe todo cómo en los pueblos. Tiene razón el capitán.

—¿Conoce usted al capitán?

María se mordió los labios. Menos mal que la inspiración no la abandonaba nunca.

—El capitán es el apodo que damos a un muchacho de la compañía.

—¿Pero es cierto lo del dislocamiento?

—Si pretende volver a llevarme en brazos, lo siento por usted. Mi tobillo está ya perfectamente.

—Sin embargo, no le conviene moverse mucho. Siéntese usted en este sillón.

—Gracias, pero me voy a tomar el desayuno.

—De ningún modo. Perdería usted este bello espectáculo. Siéntese. Yo le traeré el desayuno aquí.

Colocó el sillón tras ella y la obligó suavemente a sentarse.

Le trajo en seguida un succulento desayuno y un cojín para apoyar el pie.

Realmente era encantador aquel muchacho. Por lo visto la delincuencia no estaba reñida con la simpatía.

—Permítame que permanezca a su lado mientras desayuna. Podría hacerle falta algo.

—¿Y si le viera el mayordomo?

—No me diría nada. Está muy contento de mis servicios.

Una duda, que, sin saber por qué, la disgustó, pasó por la mente de María.

—Realmente, es un gran trabajo servir a todas las damas que van en el buque con la misma solicitud que a mí.

—Se equivoca usted... María. Toda mi solicitud la acapara usted.

Muy a pesar suyo, María se conmovió ante la dulzura con que Allén la miraba.

—Su comportamiento no está de acuerdo con el uniforme que lleva. ¿Verdad que usted no ha sido camarero nunca?

—Nunca. Si lo soy ahora es para que el viaje me resulte gratis.

—Y yo, ¿qué le parezco a usted?

—Un ángel, María.

—Sin embargo... En la fiesta de esta noche cantaré y bailaré. Me interesará saber si conserva el mismo juicio después de verme.

—Si después de su actuación nos encontramos en cubierta se lo diré con mucho



—¿... Verdad que usted no ha sido camarero nunca?

gusto.

—Nos encontraremos en la cubierta.

* * *

Hizo acopio de cautela y se dirigió al camarote número 14.

Cuando se cercióró de que estaba vacío, introdujo en la cerradura la llave que le había proporcionado el capitán y abrió la puerta fácilmente.

Una vez dentro comenzó a rebuscar entre las ropas del baúl-armario. Más que hallar pruebas de la culpabilidad de aquella pareja, pues de eso estaba ya segura, le interesaba encontrar alguna joya que le sirviera para poner en práctica cierto plan que había concebido.

Encontró una sortija de mucho valor y ya iba a retirarse cuando oyó pasos en el corredor.

Acudió a la puerta y aplicó a ella el oído. El de fuera debía de haber hecho lo mismo porque no se oía nada. De pronto percibió un ruido de copas y cucharillas y comprendió que el que escuchaba era Allén. Después oyó introducir una llave en la cerradura y pasó el cerrojo rápidamente.

Sólo cuando el de fuera, sin duda extrañado de lo que había ocurrido, se dirigía acaso en busca del matrimonio para ponerlo alerta, abrió la puerta y salió.

En el pasillo no había nadie. Era la hora del baño y la mayor parte de los viajeros habían afluído a las piscinas. Dane y su esposa estaban allí a buen seguro porque no faltaban nunca.

Ya en cubierta vió a Spike asomado a la borda y una vez más se dijo que un poder oculto la ayudaba en la realización de sus planes.

Se acercó a él.

—Buenas tardes, amigo.

—¡Hola, monada! Estaba esperándote. Te he buscado por todas partes.

—Le agradezco mucho el interés que tiene usted por mí. Y más sabiendo quién es usted.

Spike se estremeció.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo misma. Pensando, pensando, he llegado a la conclusión de que le vi en el presidio de San Quintín. Fuí a visitar a Buck Burgess.

El nombre era sobradamente conocido de Spike, por ser Burgess uno de los ases del gremio. María los conocía también a casi todos: su trabajo era conocerlos y perseguirlos.

Spike respiró:

—¿De modo que eres amiga de Buck?

—Lo fuí. Reñimos hace tiempo.

—Me alegro de que pertenezcas al gremio. ¡Quién lo había de decir! Tú y yo nos vamos a entender muy bien, pequeña.

Mientras hablaban, María deslizó cautelosamente la sortija de los Dane en el bolsillo de Spike, para lo cual hubo de soportar una proximidad excesiva de su recio corpachón. Ello le desagradaba sobremanera, pero Spike estaba hablador y lo soportó todo con tal de obtener los preciosos detalles que poco a poco fué sacando al autor de la muerte de Cartwright y cómplice del robo en la joyería de Burton.

* * *

Allén, al ver que no podía abrir la puerta, fué a comunicar lo ocurrido al matrimonio Dane y los tres se dirigieron al cama-

rote. En seguida advirtieron la falta de la sortija.

—Tiene gracia que nos hayan robado a nosotros—exclamó Dane.

—Pues a mí no me hace gracia ninguna—replicó su esposa.

Poco después, cuando ya se había marchado Allén, llegó Spike acompañado de María. Esta había conseguido que el *compañero* se decidiera a presentarla a los de su banda.

Ambos fueron recibidos con cierta hostilidad. La señora de Dane había guardado la sortija cuando Spike estaba presente y esto la inducía a sospechar del camarada.

—Me parece que no he sido simpática a tus amigos—dijo María—. ¿Quieres darme un cigarrillo?

Al tocar un objeto extraño al lado de la pitillera, Spike lo sacó lleno de curiosidad y mucho mayor fué su asombro cuando la señora de Dane se lo arrebató violentamente al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Mi sortija! Ya decía yo que no nos podíamos fiar de este sinvergüenza.

Spike no acertaba a pronunciar palabra,

María se retiró satisfecha de su triunfo y entre Spike y el matrimonio Dane se entabló un vivo diálogo. Harto de hacer protestas de inocencia, preguntó Spike.



—¡Mi sortija!

—¿Allén sabe algo de esto?

—El nos ha avisado de que algo extraño sucedía en el camarote.

—Entonces no hay más que decir. El la ha robado y me la ha puesto en el bolsillo. En cuanto lo coja lo arrojo al mar.

Gracias a que María, en una conversación que tuvo con él en la intimidad de su camarote, le quitó de la cabeza que provocara un escándalo peligroso. Pero aun ocurrió algo que aumentó la rivalidad entre Allén y Spike. Este, aprovechándose de la soledad, se había empeñado en abrazar a María, y María en no dejarse abrazar.

Se entabló una ligera lucha en la que la joven llevaba las de perder, pero Allén acertó a pasar por allí en aquel momento y, al oír ruido en el camarote de María, abrió la puerta.

Ella salió al corredor y desde allí oyó como Spike decía a Allén:

—Me parece que tú no vas a terminar vivo el viaje.

Poco después María hablaba con el capitán en estos términos.

—Mi trabajo va a pedir de boca, capitán. Me he enterado de casi todo.

—Estará usted contenta.

—No mucho, capitán. Una de las cosas que he sabido me produce profunda tristeza.

Aunque no dió más explicaciones, nos-

otros sabemos que lo que tanta tristeza le producía, era saber que Allén había sido



... y al oír ruido en el camarote de María abrió la puerta.

el principal autor del robo de la joyería de Burton.

V

A la recelosa señora de Dane no le inspiraba ninguna confianza María. Y su recelo aumentó al sorprenderla con el capitán en amistoso coloquio.

—Esa muchacha nos está vendiendo— dijo a su marido—. Pero déjala de mi cuenta.

Y practicó en su camarote un registro con buen resultado. Halló un radiograma en el que su jefe, firmando con su nombre y sin hacer alusión a su cargo la felicitaba por sus éxitos y le prometía ir a recibirla en una gasolinera, antes de que el buque entrara en el puerto.

Todo hacía sospechar que aquel despa-

cho estaba puesto por un jefe de policía y en seguida fué la dama a dar cuenta de sus investigaciones a su marido. Spike, que estaba delante, tembló de rabia al saber el engaño de que había sido víctima.

—¡Pues si que nos hemos lucido!— exclamó—. Por eso tenía tanto interés en averiguar nuestras cosas.

—¿Le has dicho algo?

—¿Algo? Todo me lo ha sonsacado ese demonio de mujer... Pero ¡ah! Ya sabéis cómo las gasto. Esa duerme esta noche en el fondo del mar. ¡Por éstas!

* * *

Por la noche tuvo María un gran éxito en la fiesta, cantando y bailando en el salón de espectáculos del buque.

Allén, que ardía en deseos de que terminaran los números y comenzara el baile general, pues durante él tendría lugar su entrevista con María, tembló de emoción al oír su dulcísima voz y de celos al ver la ligereza de ropa con que se exhibía.

Terminada su actuación, se fué María al

castillo de popa, pues allí se había citado con Allén, y Spike, que los espiaba de cerca, creyó llegado el momento de poner en práctica su venganza.



...tuvo María un gran éxito en la fiesta...

Aquella parte del buque estaba silenciosa y oscura. Se acercó a la joven.

—¡Hola, preciosidad! ¿De modo que has venido a espiarnos? Pues ahora vas a saber quién es Spike.

María se vió de pronto asida por la cintura y empujada hacia la borda. Gritó y luchó desesperadamente. Pero de poco le valían sus esfuerzos. Felizmente, llegó en aquel momento Allén al castillo de popa y eso salvó a María. Como consecuencia se entabló entre los dos hombres un conato de lucha que cortó un pasajero que acertó a pasar por allí.

—Tú y ella lo vais a pasar muy mal— dijo Spike cuando el viajero se lo llevó del brazo para que no se repitiera la riña.

Y quedaron solos en el silencio y en la sombra, bajo la inmensidad del cielo y sobre la movible extensión del mar, Allén y María.

¿Quién hubiera podido evitar que se manifestaran aquellos sentimientos que tácitamente los unían?

Las palabras de María estaban empañadas, al mismo tiempo que por el amor, por la tristeza.

No pudo menos de exclamar:

—Ante este espectáculo tan hermoso de vida y naturaleza, no comprendo cómo existe la maldad, el delito, la miseria... Esta

mañana he conocido pormenores de cierto robo y me pregunto cómo algunos hombres pueden convertirse en delincuentes. No lo comprendo.



¿Quién hubiera podido evitar que se manifestaran aquellos sentimientos?

—Yo sí. Comprendo que a veces un hombre se convierta en ladrón... y hasta en asesino.

—¡Cuánto siento oírle hablar así!

—Más siento yo tener motivos para hacerlo.

Había en su voz un tono profundamente enigmático que despertó la curiosidad de María, pero por mucho que se esforzó no logró obtener la explicación de ello. Allén contestaba con evasivas y de tal modo le hacía sufrir aquel tema de conversación, que María suspendió su indagatoria. Bien podía olvidar sus deberes durante una hora, para ser feliz sintiéndose amada por el hombre que había conquistado su corazón.

Y charlaron y charlaron bajo el cielo infinito, sobre el mar inmenso, sólo pendientes de aquellos sentimientos que les embargaban y olvidando por completo quiénes eran y cómo pudieran ser.

VI

Al día siguiente, el de la llegada del buque a la Habana, María se dedicó de lleno al trabajo.

Lo primero que hizo fué disipar las sospechas que sobre ella habían concebido Spike y el matrimonio Dane. Les explicó que ella no era una traidora como suponían sino una compañera y, para demostrarlo, les invitaba a vender las joyas a la misma persona que iba a comprarle a ella cantidad de diamantes de cuya procedencia no hacía falta hablar. Cuando le pidieron el nombre del comprador dió el de su jefe y ello movió a la señora de Dane a pensar que el radio que ella había leído podía ser

muy bien del comprador de joyas, el cual la felicitaba por sus éxitos—la obtención de los diamantes—y si le hablaba de salir



Y los besos se repitieron.

a recibirla en una gasolinera podía ser para que ojos indiscretos pudieran ver más de lo que convenía. En medio del mar, nadie más que los peces podía ser testigo de las operaciones.

María, que lo llevaba todo bien prepara-

do, mostró a los bandidos cartas escritas por ella misma desfigurando la letra en que el falso joyero le hablaba de anteriores negocios, nombrando precios que despertaron la codicia del matrimonio Dane, pues el hombre con quien ellos tenían tratos daba poco más de la mitad de lo que aquél ofrecía.

El matrimonio Dane requirió la presencia de Spike y de Allén para tratar sobre el cambio de joyero y Spike se alegró mucho al saber que María no era lo que habían creído y Allén sintió el alma desgarrada al enterarse de que María era una ladrona.

* * *

Ya llegaba el buque al puerto cuando la gasolinera se acercó al casco y María, que estaba prevenida, dió instrucciones a su jefe.

—Le he hecho pasar por un comprador de joyas robadas, y yo soy la ladrona que va a venderle unos diamantes robados. Es-

pere usted. Creo que los haremos embarcar a todos.

—La policía está en el muelle y no nos pierde de vista. De modo, que si logra usted meterlos en la gasolinera, podemos dar el éxito por seguro.

—Espere usted. No se separe del barco. Voy por ellos.

Al salir el matrimonio Dane de su camarote, precisamente en busca de María, la sorprendieron hablando con el jefe de policía. Aunque iba de paisano, la señora de Dane exclamó al verle:

—Ese tipo tiene más cara de policía que de joyero. ¿No crees tú que acertamos al sospechar que la muchacha es de la secreta?

—No te preocupes. Eso lo averiguaremos cuando estemos en la lancha. Le obligaré a que nos muestre los diamantes y si no los lleva, ella y el falso joyero pueden despedirse de la vida. Somos más que ellos y nos los merendaremos fácilmente. Vamos a avisar en seguida a Spike y a Allén.

Así lo hicieron y todos quedaron extrañados al ver que el semblante de Allén reflejaba inocultable satisfacción al enterarse

de que no era seguro que la muchacha fuera ladrona.

—No creo que haya motivo para alegrarse—le reprochó Dane.



—... *Voy por ellos.*

—No me alegro, pero no me negaréis que la cosa tiene cierta gracia. ¡Una pobre muchacha pretendiendo luchar con todos nosotros a un tiempo!

En esto llegó María para anunciarles la

llegada de la gasolinera y todos descendieron a ella sin ser vistos, pues toda la tripulación estaba absorta en su trabajo y los viajeros en sus preparativos para desembarcar.

Dane y Spike disimularon hasta que la lancha estuvo bien lejos del buque.

De pronto preguntó la señora de Dane:

—¿Hace usted el favor de enseñarnos los diamantes que va usted a vender a este señor?

Dane y Spike se ocupaban en este momento de comprobar que en el buque sólo había dos hombres del bando contrario—el falso joyero y acaso el timonel—en tanto ellos eran tres y se llevaron la mano al bolsillo disimuladamente.

María trataba de mostrarse indiferente.

—Cuando lleguemos a la guarida quedará satisfecha la curiosidad de ustedes.

—No — replicó Dane al mismo tiempo que le encañonaba con el revólver—. Ha de ser ahora mismo.

Entonces sucedió algo inesperado. Allén dió un golpe con la culata de su pistola en la mano de Dane y el revólver rodó por el

suelo. Todos se quedaron asombrados al ver que Allén procedía en contra de sus compañeros, pero como no era hora de hacer averiguaciones sino que urgía defenderse, el jefe de policía se abalanzó sobre Spike, en tanto que María se las entendía con la señora de Dane y Allén con el jefe de la banda. El timonel, bien aleccionado, sólo se preocupó de conducir la lancha hacia la costa.

Los policías vieron desde el acantilado lo que ocurría en la barca y se arrepintieron de no haberse provisto de un automóvil. Para llegar al punto de la costa adonde se dirigía la gasolinera tendrían que andar durante más de diez minutos, en tanto la barca sólo tardaría tres o cuatro en atracar. En cambio, los compañeros de Spike habían tenido más suerte al situarse para presenciar la llegada de sus amigos. Además, habían sido más precavidos, pues disponían de un auto que coincidió con la gasolinera en la costa.

A todo esto, la suerte había favorecido a los bandidos en la lucha y por un verdadero milagro estaba todavía vivo Allén. El

timonel había sido lanzado al agua y tuvo que hacer el resto del camino a nado.

Cuando atracó la lancha Spike sólo se preocupó de una cosa: de llevar a María. Con ella saldría ganando dos cosas: perdería de vista al jefe de policía que estaba dando muestras de una resistencia a prueba de bomba, y tendría a María a su disposición. La muchacha bien valía el trabajo que iba a tomarse.

Cuando mayor era la algarabía en el interior de la barca, saltó Spike a tierra con María en brazos y llegó hasta sus compañeros.

Allén trató de impedir el rapto y acaso lo hubiera conseguido, pues logró dar alcance a Spike cuando llegaron a la murella, si no se ocuparan de detenerle los compañeros del bandido.

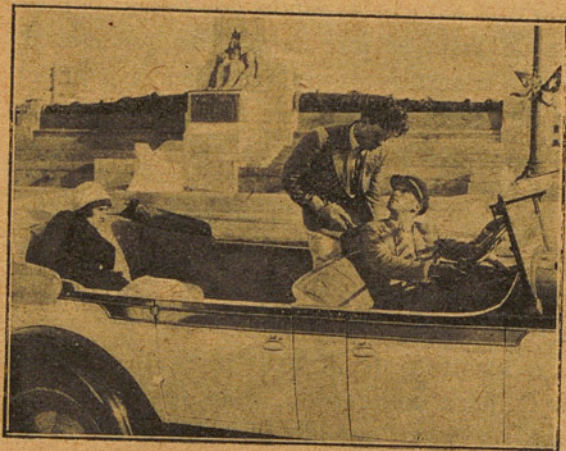
Subió éste al auto de la banda y dió al chofer una dirección.

—¡Sálvame, Allén!—gritó desesperadamente María.

Y este grito produjo en el muchacho un instantáneo efecto. De dos certeros golpes se deshizo de los hombres que le sujetaban

y echó a correr detrás del auto, el cual acababa de partir.

Jamás había corrido un hombre tan ve-



Subió éste al auto de la banda y dió al chofer su dirección.

lozmente y con tanta resistencia. Pero el auto se distanciaba cada vez más del perseguidor.

De pronto, lanzó Allén un grito de ale-

gría. En su misma dirección marchaba un taxi. Le esperó y saltó al estribo.

—Siga usted a ese auto. Hay cien dólares de recompensa si es usted valiente.

Falta le hacía el valor al chofer, pues en seguida usó Spike de su revólver.

Desde lejos vió Allén como el auto se detenía ante una casucha solitaria y cómo Spike entraba en ella, siempre con su presa en brazos.

El bandido se encerró en un cuarto con María y esperó tranquilamente, con el revólver encañonado hacia la puerta, la llegada de Allén.

Dos veces que María trató de sujetarle el brazo rodó por la estancia a impulsos de un empujón de Spike.

Se oyeron de pronto pasos en la casa y María lanzó un grito:

—¡No entres, Allén!

Pero con ello no logró sino que Allén tuviera más empeño en entrar.

La puerta fué echada abajo de una carga y Allén se detuvo en el umbral ante el revólver de Spike.

—¡Nada, ni ese revólver, logrará que no

vengue yo la muerte de mi padre, el joyero Cartwright!

Un oportuno silletazo de María hizo caer el revólver de la mano de Spike y en el acto se abalanzó el hijo de Cartwright sobre él.

Se entabló una lucha encarnizada y pronto estuvo Spike vencido y se dió a la fuga echando a correr escaleras abajo, pero Cartwright le persiguió.

La última parte de la lucha la presenciaron los compañeros de Spike, el jefe de policía y todos los agentes, que traían esposados a la cuadrilla entera.

—¿Pero usted quién demonios es?—preguntó el jefe a Cartwright cuando se levantó mientras en el suelo quedaba Spike.

María, desde lo alto de la escalera, contestó a esta pregunta del jefe y bajó velozmente para felicitar con un abrazo al amado de su corazón.

Inmediatamente, en vez de aceptar la recompensa que el jefe la prometía, presentó la dimisión de su cargo, alegando que desde entonces tendría otras cosas más importantes que hacer.

—Sí—añadió Cartwright—, y usted será el padrino de la boda.



Fué mucho más fuerte el beso que los prometidos se dieron para sellar el pacto.

La aceptación del jefe no se oyó. Fué mucho más fuerte el beso que los prometidos se dieron para sellar el pacto.

F I N

MUY EN BREVE APARECERÁ:

La vida, el deseo y la víctima

Novela, por

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

Será la obra cumbre del ilustre y popularísimo novelista y dramaturgo, cuyas producciones famosas («Santa Isabel de Ceres», «Cielo y Fango», «A hombros de la Adversidad», etc., etc.) han sido traducidas a los más importantes idiomas.

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El Caballero

Egoísmo

La máscara del diablo

El pan nuestro de cada día

Vieja hidalguía

Acaba de aparecer:

POSESION

por **Francesca Bertini**

Mañana:

TENTACIÓN

por **GRETA GARBO**

Precio: 1 peseta

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 cts.

Éxito verdad de

La Novela ADAN

Compañera de la no menos atractiva EVA

Publicación semanal

Precio: 30 cts.

¡Éxito del Cine sonoro!

Se ha puesto a la venta con gran aceptación:

Un plato a la americana

Precio: 50 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

La Novela Cinematográfica del Hogar

aparece los sábados y sólo publica
asuntos de buen gusto

Número 1: Puertas cerradas
por Virginia Valli

Postal-bicolor: JANET GAYNOR

Número 2: Madre pecadora
por Irene Rich

Postal-bicolor: CHARLES FARRELL

Número 3: Estrella simbólica
por George O'Brien y Sue Carol

Postal-bicolor: MARY DUNCAN

Próximo número:

La losa del pasado

por Donald Keith y Helen Foster

Postal - bicolor: EDMUND LOWE

Lea y recomiende **La Novela Cine-
matográfica del Hogar**

La Novela para Todos

Números publicados:

1. Mary la buena, Mary la mala, por Manuel Reinlein Sotomayor.—2. La que no pudo ser mala, por Sara Insúa.—3. La estrella de los montes, por R. Merchán Vargas.—4. Ella, Él y el perro, por Jorge Clary.—5. Alicia, la divina amante, por L. Linares Lorca.—6. Una mujer extraña, por Mariano San Ildefonso.—7. Se necesita un socio capitalista, por C. Montellano.—8. Gente de ahora, por Antonio Guardiola.—9. La Nochebuena en el penal, por Alfonso Vidal y Planas.—10. Marta, prima de Gertrudis, por Domingo de Fuenmayor.—11. El cantador de tangos, por Francisco-Mario Bistagne.—12. Mercedes, Paco y el otro, por L. Linares Lorca.—13. Si me engañas... por José Reygadas.—14. El tímido y el audaz, por Manuel Reinlein Sotomayor.—15. Señorita de Ciudad, por Alejandro Pons.—16. Una mujer, un hombre, una ciudad, por Antonio Otero.—17. Dos mujeres y un hombre, por Domingo de Fuenmayor.—18. ¡Tu mujer es muy bonita!, por Regina Opisso.

Precio: 30 cts.

E. B.